

EL ESPÍA DEL PRUDENTE

SANTIAGO MORATA



Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: *El espía del Prudente*
Autores: © Santiago Morata

Copyright de la presente edición © 2014 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño de cubierta: produccioneditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Edición impresa: 978-84-9967-647-0
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-648-7
ISBN Digital: 978-84-9967-649-4
Fecha de publicación: Octubre 2014

Impreso en España
Imprime: Enlace Gráfico
Depósito legal: M-24447-2013

Lo dedico a mi familia
Le agradezco también y, en especial, a mi esposa Patricia
por sufrir mi aislamiento y mejorar cada parte de mí.
A la editorial y su personal por seguir confiando en mí,
a mis amigos por llenarme de alegría,
a los escritores amigos que me enriquecen y, en general,
a los lectores que aún valoran tener en sus manos
un legajo de papeles con alma.
Gracias por la confianza que depositan en mí,
a la que espero responder con un buen rato de lectura.
Gracias por mantener viva la cultura
entre el panorama coyuntural tan oscuro.

Declaro que cualquier parecido de uno o varios personajes con personas actuales es mera coincidencia, y asimismo, que las opiniones de los personajes son un espejo de la realidad del momento histórico reflejado, y para nada la opinión personal del autor, que se declara respetuoso admirador y orgulloso del legado de la época andalusí en la cultura actual, rechazando con vehemencia cualquier posición de racismo o intolerancia.

El autor

ÍNDICE

Canción de Lupercio Latrás	13
Diccionario de términos	15
Un bandolero de leyenda	17
Capítulo 1. Lupercio. Mayo, 1578	19
Capítulo 2. Los valles, 1578	37
Capítulo 3. Los caminos, 1578	61
Capítulo 4. Latrás, 1578	65
Capítulo 5. Béarn, 1579	73
Capítulo 6. París, 1579	83
Capítulo 7. Navarra, 1579	105
Capítulo 8. Jaca, 1579	113
Capítulo 9. Latrás, 1580	119
Capítulo 10. El Mediterráneo, 1583	135
Capítulo 11. Sicilia, 1583	147
Capítulo 12. Roma, 1585	157
Capítulo 13. Sicilia, 1585	165

Capítulo 14. El océano, 1587	169
Capítulo 15. Lisboa, 1587	179
Capítulo 16. Latrás, 1588	185
Capítulo 17. Ribagorza, 1588	193
Capítulo 18. Tierra de moriscos, 1588	201
Capítulo 19. Ribagorza, 1588	211
Capítulo 20. Latrás, 1588	221
Capítulo 21. Casbás, 1588.....	225
Capítulo 22. Aínsa, 1588.....	229
Capítulo 23. Las cinco villas, 1588.....	245
Capítulo 24. La huida, 1588	259
Capítulo 25. La caza, 1588	267
Capítulo 26. Benabarre, 1588	279
Capítulo 27. Latrás, 1588	287
Capítulo 28. Portugal, 1588	295
Capítulo 29. Latrás, 1589	301
Capítulo 30. Francia, 1589.....	311
Capítulo 31. Obarra, 1589	331
Capítulo 32. Lisboa, 1589	339
Capítulo 33. De nuevo el océano, 1589	347
Capítulo 34. Francia, 1589.....	355
Capítulo 35. París, 1589.....	361
Capítulo 36. Inglaterra, 1589	373
Capítulo 37. La patria, 1590	385
Epílogo.....	395
Bibliografía.....	397

CANCIÓN DE LUPERCIO LATRÁS

Fambre pasaban los chesos en lo siglo dieciséis,
pos naceba muita chen, d'alto anta baxo do reino.
Pon de grano en lo granero por malas cosechas vier,
no se meteba a plever, ni a nevar estando tiempo.
Lo pasto no heba alimento, y en plegando las calós,
se moriban a muntón los bichos, chovens u viellos.
Todo ibiera pos bullindo, cuando Lupercio nacié
en la villa de val d'Echo y en la carrera coté.
Ya de chiquet s'achuntaba pa charrar entre las chens;
lo suyo trato y lo tino, a todos feba arrier.
Por dos chesos que morieron, lo plegueron a culpar
d'estar él lo criminal, cuando apliqueron lo fuero.
Vindo que no bi-heba delito que li podese amparar,
ya no querié aguantar más y se facié bandolero.
Ta francia fuyé Lupercio, se'n tornaba por Canfran
y enfilando la canal dimpués de dixer Castiello,
igual se plantaba en Echo, que se'n yera íu ya.
Fendo muertos a muntón, capitán estí en Sicilia,
lugo se metié d'espía pa Felipe d'Aragón.
Más tardi, de sopetón y con la suya cuadrilla,
puyé y ocupé l'Ainsa, féndose lo fanfarrón.
S'escondió en Sangüesa, pos los diputáus
una güena fuesa li heban preparáu.

Plegué con Enrique a vierse, allora lo rey francés,
pos li encargué que a Isabel, la reina de los ingleses,
d'espía esta vez li fese; y tan bien lo plegué a fer
que agún plegando a lier, en la historia no lo i-mete.
y li s'acabé la suerte de corsario en Santander,
pos estié pillau pa siempre sin cumplir-ne trenta y seis.
Sin ningún proceso, ni por meyo chuez,
diz qu'estié en segovia do la fuesa implié.
Y astí s'acaba lo pleito, lo de Lupercio Latrás,
que se facié bandolero por culpa de los demás.
Dezaga la libertá, dixé lo suyo talento,
lo mas políu testamento de la familia Latrás.
De la familia Latrás...
Yo con Lupercio me quedo.

Canción popular

DICCIONARIO DE TÉRMINOS

«¡Ah, si lolo y lola se levantaran del fosar y vieran la casa esboldregada!»: ¡Ah, si los abuelos levantaran la cabeza y vieran la casa arruinada!

Acelga: verdura muy cultivada y cotizada en Aragón.

Abadejo: bacalao.

Almogábanas: panecillos redonditos preparados a base de almidón y queso.

Anega: medida de peso igual a dieciocho kilos.

Árbol mallo: árbol que centra la celebración primaveral del mismo nombre, de connotaciones totémicas y origen pagano. Se celebra en muchos pueblos de Europa.

Arcabuz: arma de fuego de corto alcance, unos cincuenta metros.

Aura: ahora.

Bulárcamas: cuadernas de gran fortaleza, generalmente ubicadas a la altura del mástil.

Chandrío: lío, problema.

Cheminera: chimenea.

Chiflo: flauta.

Choben: joven.

Cintones: listón de madera que va por la parte exterior del buque en toda su longitud y sirve para defender el costado.

Desustanciau: con poco seso.

Esquila: campana.

Esvarizar: resbalar.

Fanega y radidor: instrumentos de medida de grano. La fanega es un envase que se llenaba con grano y se pasaba un listón o radidor para rasar el grano y que el contenido fuera uniforme.

Fardeles: especie de madejas, tiras de tripas fritas en una torta.

Flasquillo: envase de pólvora.

Fogar: hogar, chimenea, casa.

Fogaril: hogar, chimenea.

Gabacho: francés.

«Hacedme la barba, que yo os haré el copete»: dicho popular que viene a decir: «Ayúdame y yo te ayudaré a ti».

«Más turco que los de junzano»: dicho aragonés que se refiere a la iglesia de Junzano, que por error se orientó mal, hacia tierras moras.

Mocé: muchacho.

Modorra: enfermedad de las ovejas. Se dice de alguien cuando está abatido o perezoso.

Moñaco de garrastulendas: muñeco de carnaval. Carnestolendas.

Mosquete: arma de fuego de infantería, evolucionada del arcabuz, cuyo alcance doblaba.

Mujeres de la bulla: prostitutas.

Nabata: balsa.

Obellas: ovejas.

Pedreña: arma antigua.

Pellejote de Ipiés: apodo con el que se llamaba a los nacidos en Ipiés, por el tipo de viña que allí se cultivaba.

Pesáu: pesado.

Pistolete: una de las primeras pistolas.

Puncha: pulla.

Suyizos: egoístas.

Tabardillo: enfermedad o fiebre muy violenta, tifus exantémico, típica de los embarcados, caracterizada por erupciones cutáneas.

Talabarte: cinturón donde se guardaban los flasquillos de pólvora y otros útiles.

Ternasco: cordero lechal.

Tornadizos: así se llamaba a los moriscos que conservaban su creencia.

Tortetas: tortas de sangre cocida.

Tralla: látigo.

Vara jaquesa: medida de longitud marcada por el patrón grabado en la piedra de la catedral de Jaca. Medía 77,2 centímetros.

Volatería: comidas a base de aves.

Zamandungo: tonto.

Zaragüelles: calzones.

UN BANDOLERO DE LEYENDA

Bandoleros, piratas, bucaneros, espías, agentes secretos..., todos estos son personajes muy recurrentes en la literatura universal. Su azarosa vida, las aventuras que protagonizan, las leyendas que los rodean, el espíritu de rebeldía que los envuelve, la marginalidad en la que se mueven los han convertido en personajes tremendamente atractivos. Sus actos delictivos tienen mucho de rebeldía, de contestación a la injusticia, de posicionamientos alternativos a una sociedad llena de reglamentos que imponen los poderosos, muchos de ellos verdaderos «delincuentes legales».

La península ibérica ha sido territorio propicio para los bandoleros. La complicada orografía, la existencia de diversos territorios con jurisdicciones muy diversas y la pobreza secular del país han sido caldo de cultivo muy oportuno para este tipo de personajes, desde los tiempos de la romanización, con caudillos como Viriato, a los bagaudas del Bajo Imperio romano, los bandidos de la Edad Media o los más famosos bandoleros del siglo XIX.

Uno de los más interesantes es sin duda Lupercio de Latrás. Nacido en el valle pirenaico de Hecho hacia 1555, segundo hijo del señor de Latrás, noble por tanto, en su figura se funden el bandolero, el espía, el soldado de fortunas, el buscavidas... Toda una vida de novela.

Santiago Morata, que sabe manejar diversos registros literarios con suma habilidad, ha sabido ver la esencia literaria de este mítico bandolero. Santiago, con un lenguaje en ocasiones tan vertiginoso como la propia trayectoria vital de Lupercio, nos desvela a este protagonista a quien el destino arrastra a la marginalidad. Las montañas de Jaca, la Francia de Enrique IV, el de «París bien vale una misa», la Sicilia mediterránea, la Lisboa cosmopolita y abierta al mundo de

Santiago Morata

los últimos años del siglo XVI son los escenarios de esta novela, el telón de fondo donde un bandolero se debate entre el recuerdo de su origen nobiliario y un destino abocado a vivir permanentemente al filo de la navaja.

Santiago Morata nos cuenta la historia de un bandolero y parece que lo hace sin concesiones, pero en realidad nos invita a descubrir ese universo de transgresiones con el que, alguna vez, todos hemos soñado.

©José Luis Corral, 2014

1

LUPERCIO

Mayo, 1578

La catedral de Jaca lucía sus mejores galas, a pesar del día tan gris. El cielo parecía una bóveda de roca, una prolongación de los muros que quisiera encerrar el alma de los presentes, amenazando con caer sobre sus cabezas, al igual que aquellas primeras cubiertas de la catedral, lo que Lupercio tomó como un mal augurio. Era extraño ver que el vientecillo que hasta ahora había evitado la lluvia se detenía, pero sin embargo, no terminaba de romper a llover, y el ambiente estaba tan cargado que sentía la cabeza demasiado llena de pensamientos oscuros, cuando era la alegría la que debería comandar aquel veinticinco de junio, día cumbre de las fiestas de Santa Orosia en honor a la santa mártir capturada por los moros durante el viaje de su Bohemia natal hasta Aragón, donde iba a ser casada con Fortún Garcés; la joven se negó a casarse con Miramamolín de Córdoba y fue torturada. Sus restos fueron hallados por un pastor guiado por ángeles en el 1072.

Lupercio no creía en ángeles pero sí gustaba de las fiestas, los bailes, e incluso en aquel día, los toros y al oaso, los fuegos artificiales. En la única ocasión de verlos en aquella tierra olvidada, el evento reunía a lo más granado de los valles circundantes.

Él prefería la fiesta del primer viernes de mayo, aunque no tuviera tanto fasto, pero a ojos de un joven con hambre de gloria, resultaba mucho más sugerente que las manos y pies de la mártir. No en vano, tal día se conmemoraba la victoria sobre los moros en las afueras de Jaca un primer viernes de mayo del 756, cuando el conde Aznar Galíndez, con unos pocos hombres, luchaba desesperado, a punto de perecer ante el ejército musulmán, cuando ante la llegada de

las mujeres con sus útiles de cocina como arma improvisada brillando al sol, los moros creyeron que se les venía encima un ejército cristiano y huyeron.

El joven noble recreaba la batalla en su cabeza con pesar, lamentándose de que los jaqueses se habían tomado a broma su propuesta de comandar la guardia defensora de la ciudad, cuando la actividad de bandoleros y otros advenedizos no hacía más que crecer, tanto que las casas extramuros debían fortificarse y contar con su propia protección. ¡Y que no pretendía ser virrey! ¡Si se hubiera conformado con ser cabo de los huertos! Pero no le hicieron el mínimo caso, y sospechaba que no se rieron de él tan sólo por su ascendencia y el poder de su familia, aunque registró en su memoria cada una de las sonrisas que encontró, que ya ajustaría cuentas algún día.

Caminaba junto a su madre y su hermano Pedro, que se empeñaba en estirarse patéticamente, a juicio del muchacho, henchido de la gloria que a él se le negaba, hacia la entrada noble de la catedral, sintiendo las miradas de todo un pueblo que, respetuoso con la tradición medieval, dejaba un extenso pasillo para que las familias nobles ocupasen su lugar en los primeros bancos, antes de dejar paso a la plebe, en un orden no escrito dispuesto desde los tiempos en que los muros de las iglesias amenazaban con las llamas del infierno.

No podía dejar de mirar con envidia su porte orgulloso, su planta elegante y su andar altivo y casi desdeñoso, ni cómo las mujeres clavaban sus ojos en él, con suspiros indisimulados, y en su mujer, con envidia insana.

¡Cómo le envidiaba! A la muerte de padre, volvió de Flandes como un héroe, mientras que a él se le retenía en el pequeño pueblo de Latrás, donde los criados eran tan aburridos como los maestros en Jaca, hidalgos cultos, segundones como él, que se ganaban la vida enseñando a muchachos cuyas familias podían pagar sus onerosos servicios, donde aprendía exclusivas y caras lecciones que para nada le servirían, en vez de aprender a pelear como Dios manda y librar batallas para gloria de su casa.

¡A ver qué beneficio le traería aprender unas lenguas que no practicaría nunca, si su destino era ser monje o envejecer al mismo ritmo que su madre!

Sólo contaba con la leve esperanza de que, ahora que el galán, como se le conocía vulgarmente, había vuelto, él podría quedar libre y menos controlado, para volver a sus aventuras...

Pues nada le gustaba tanto en la vida como la caza, la guerra y cualquier justa en la que se midiera a un sólo hombre a la vez. No tenía miedo a nada. Era el más inteligente de la familia, en palabras de los viejos tutores, y no había en todos los altos valles un mozo más grande, fuerte y ágil que él...

¡Pero no le dejaban!

¡Por Dios santo! ¡Si superaba en más de una cabeza a cuantos familiares recordaba su madre! Era más válido que nadie para la guerra... ¡Y le retenían como a una muñeca en brazos de su niña, para deleite de su altanero hermano que se jactaba, insultándole desde su posición de legítimo heredero!

¡Y le ponían excusas tontas, indignas de la inteligencia que decían reconocerle! Que no podía salir por la prohibición del rey Felipe a recibir educación fuera de nuestras fronteras.

—¿De cuáles? —había preguntado él— pues Felipe no nos tiene en cuenta sino para sacarnos dinero y enrolarnos en sus guerras absurdas, que nada nos procuran.

Su madre siempre le recriminaba su ira con lágrimas, acusándole de no quererla y haciéndole sentir mal, pero aunque en los ojos de su hermano reconocía un brillo de orgullo, que para él era mejor que cualquier recompensa, nunca encontró el menor apoyo. Ni una palabra.

Nada cambiaba. Había pasado ya la veintena hacía tres años, edad en que se consideraba maduro a cualquier hombre, y sin embargo él se había criado como un niño, y de hecho aún lo parecía. Sospechaba que por aquel excesivo mimo de madre y por el desprecio de su hermano.

Madre le dio un pequeño codazo. La fila se movía y él se había quedado quieto, absorto en su miseria, medio dormido. Tanto le daba que hubiera una multitud alrededor, ni que fuese la fiesta mayor. La alegría de los demás se tornaba desprecio y rechazo.

Caminó con desgana.

No podía comprender tanta lentitud ceremonial, cuando ellos debían sentarse en las primeras filas, las de los nobles mejor valorados. Ni entendía ni quería entender tanta solemnidad, pues él no era hombre de iglesias por mucho que su madre se lamentara que hacía falta un cura en la familia que compensara los pecados de los suyos y les ayudara a entrar en el paraíso, como los otros contribuían a perpetuar su noble estatus.

No, no quería fiestas. La única celebración que quería considerar era la de sus futuras victorias.

Al fin avanzaron, entre las dos capillas dobles a cada lado, la de Santa Ana a la derecha, y la Santísima Trinidad a la izquierda; las dos restantes, tapadas para la ocasión, pues las estaban restaurando con dinero aportado por el consistorio.

Al pasar miró las imágenes santas, jueces mudos que parecían reprocharle su falta de piedad. Su madre suspiró de alivio. Al menos no se mojarían, y ya estaría cansada de estar de pie. A pesar de su enfado, no pudo evitar mirar a lo alto y maravillarse de la belleza de la catedral. Los enormes pilares que sostenían las nervaduras que aguantaban las bóvedas de piedra, rematadas por los medallones de madera policromada imitando cobre, que a él tan poco le gustaban. Sabía de los esfuerzos que había costado aquella cubierta de piedra, tras tantos intentos fallidos y tantos años de techumbre de madera vulgar, para afearla con una restauración de aquella envergadura e importancia. Demasiado esfuerzo para tapar

la belleza serena e intemporal de la bóveda con medallones infames, con los que orondos comerciantes pretendían comprar su sitio en el cielo, en vez de ayudar a sufragar la reparación y consolidación de las murallas, que más falta hacían, que eran de tiempos medievales y aunque no habían sido expugnadas, no estaban preparadas para artillería de fuego. Ya Fernando el Católico había aconsejado su reparación, y en el año 83, el virrey propuso no solo su consolidación, sino la creación de una fortaleza, y lo único que se terminó haciendo fue ampliar las puertas para que entrasen carros grandes, por orden del rey Felipe, cuando todos sabían que desconfiaba más de los de dentro que de los de extramuros.

Se sacudió con rebeldía los pensamientos oscuros, bajando la vista y enfrentándose a las pinturas, tallas y molduras del nuevo estilo artístico en la nueva capilla de san Miguel. Sus maestros, laicos y religiosos, se echaban las manos a la cabeza, pero él encontraba que el nuevo método que consistía en recargarlo todo con una decoración tan fea como brillante, era digna de la chusma que pagaba con fervor el pan de oro y las costosas tallas traídas de Flandes, por mucho que se combatiera la rigidez y la austeridad de la reforma. ¡Que el teatro era el teatro, y la Iglesia debía ser lo que siempre había sido! La belleza estaba en la pureza de las formas arquitectónicas, como los romanos antes y los renacentistas italianos más tarde, pero no en artificios repetitivos dignos de la plebe a la que querían convencer para que no sintieran la tentación austera de los hugonotes. Sintió asco ante tanta hipocresía. ¿Dónde quedaban las viejas normas benedictinas, basadas en la regla de San Benito, *ora et labora*?

Su madre le arrastraba suavemente con su brazo fino pero firme, entre la nave lateral noble, el camino que siempre había hecho y siempre haría su familia por los privilegios concedidos muchas generaciones atrás.

Pero su abstracción se disipó violentamente, con la voz de trueno de su hermano.

—¿Cómo os atrevéis?

Levantó la mirada sobre el gentío y al momento comprendió el enfado. Él mismo sintió que su sangre hirviente llenaba su cabeza.

Su sitio había sido ocupado por hidalgos de menor posición. Y también al instante supo quién era el autor de tal despropósito. El deán de la catedral, cuya familia, de sangre no tan antigua como la suya, había pleiteado largamente por unas tierras en Ansó, propiedad de su madre, y ante cuyos títulos nada pudo hacer, aunque de sobra se conoce lo testarudos que pueden llegar a ser los montañeses de los valles escondidos, y lo enconado de sus rencillas.

Ya los conflictos entre los Latrás y Jaca venían de lejos, pues eran famosas las correrías adolescentes de Lupercio contra los de Loarre, que pudieron acabar en tragedia si no hubiera mediado la iglesia en el conflicto, así como los pleitos de Pedro con las gentes de Gavín, por no hablar de sus pequeñas aventuras comandando a los *mocés* de Jaca, rondando a *chóbenes* de otros pueblos e incluso robando algún árbol mallo.

Vio a su hermano discutir airadamente, aunque sin exagerar el tono de voz, pues no en vano estaban en la casa de Dios y Pedro era el hombre templado que Lupercio adivinaba que él jamás sería.

No dieron oportunidad a los rumores. Pronto, su hermano se volvió hacia ellos.

—No podemos hacer nada en este momento. Tenemos que sentarnos detrás.

—Pues salgamos de aquí. No le daremos el gusto de vernos vencidos —masculló con furia Lupercio.

—Al contrario. No podemos irnos. Nos acusaría de mal cristianos. Tal vez ante la inquisición. Y esa, donde hay riqueza, no se lo piensa mucho, que Felipe necesita de su rapiña.

—¿Y qué hacemos? —dijo su madre con voz apagada, disimulando su terrible disgusto.

—Nos quedamos. No nos hará mal serenarnos y rezar. Ya habrá tiempo de vengarse.

La multitud se abrió en un pasillo de respeto y temor hacia un sitio que les fue concedido inmediatamente, en la primera fila de los bancos... ¡De la plebe!

El deán pasó junto a ellos, altivo.

Lupercio no pudo controlarse. Se inclinó hacia él, cortándole el paso y tomando su mano, en un gesto que la parroquia tomó por humilde.

Pero las anchas mangas de sus ropajes ocultaron la enorme presión del robusto antebrazo, aprisionando la garra del hombretón la muñeca del religioso, cuyo cuerpo entero tembló de dolor.

Lupercio se aproximó a su oído, apretando con tal fuerza que sus dientes rechinaron.

—Ya ajustaremos cuentas donde no os proteja vuestro hábito.

El deán, blanco como la nieve, no pudo articular palabra, y sólo pudo soltarse cuando Lupercio volvió a inclinarse con fingida devoción y se apartó de su lado.

La misa se le hizo eterna, pues no escuchó una sola palabra, consumido por la rabia.

De vez en cuando, uno de los nobles frente a ellos intentaba volver la cabeza disimuladamente, para encontrarse con su mirada desafiante, y al momento volvían a girarla rápidamente hacia el altar mayor.

Al término, salieron apresuradamente, pero sin correr ni mostrar vergüenza. Pedro les guió hasta la casa de su amigo Juan Pedro Anglada, notario, noble y comerciante, uno de sus pocos apoyos en Jaca ante los continuos litigios con el consistorio, que vivía en la calle Mayor, apenas a doscientas varas de distancia, que a Lupercio se le hicieron eternas, sintiéndose traspasado por las

miradas hirientes de los jaqueses, que no tenían muchas oportunidades de espectáculos de esta índole.

Llamaron a la puerta y pasaron apresuradamente al patio, anunciándose a los criados.

El amigo no tardó mucho en aparecer por la puerta, nervioso y jadeante.

—¿Cómo se ha atrevido? —rugió Pedro sin dejar que el hombre se recuperase ni atendiese las fórmulas de cortesía más elementales.

—No sabía nada. Te lo aseguro. Es su casa y puede hacer lo que quiera. No puedo evitarlo. Nadie puede. Ni siquiera los notables sabíamos...

Pedro asintió con la cabeza, aunque el nerviosismo de su amigo le dijo que la desgracia no iba sola. Anglada carraspeó, antes de atreverse a hablar.

—Me temo que hay algo más. Y lo que has visto va a quedar en una chiquillada, al lado de lo que voy a contarte. —Pedro no se arredró—. Sentémonos.

El anfitrión les guió hasta la cocina, donde y en contra de cualquier protocolo, atendía a los amigos, junto a una imponente chimenea, tan grande que podría cocinar una vaca entera en su espetón. No en vano era la estancia más cálida y acogedora. Pidió vino de Caniás, el mejor del alto Aragón —no el común, fuerte y malo—, junto con un refrigerio suave, y despachó a la servidumbre. Pedro le hizo un gesto para que hablara. El buen hombre pareció tragar el nudo que le atenazaba la garganta.

—Va a retirar de la catedral el busto de vuestro ancestro.

La madre quedó tan sorprendida que no pudo evitar gritar el nombre del ilustre antepasado, antes de taparse la boca con sus manos.

—¡García!

Pedro asintió, encogiéndose en su silla, aunque sus manos se tensaron en torno a la mesa, con tal fuerza que se diría que en verdad pretendía quebrarla.

Lupercio se levantó, hecho una furia.

—¡Si no fuera por García, nada de la ciudad que conocemos sería igual! ¡Ese bastardo no conoce ni la historia de su casa!

—¡Lupercio, por favor! —Su madre gritó con la voz quebrada.

El comerciante tomó las manos de Pedro entre las suyas.

—Lamento ser yo quien os de la noticia, pero mejor por mi voz, que no tal vez en la iglesia. El deán hubiera utilizado una respuesta airada para volverla contra vosotros.

—Lo sé, y lo agradezco.

—Habíamos quedado en reunirnos para hablar de vuestro apoyo a la ciudad, de cómo el mismo García defendió los pasos de la montaña ante quince mil navarros y franceses, y mirad qué poco apoyo os traigo yo.

—Comprendemos y agradecemos tu buena intención.

Las orejas de Lupercio se erizaron como las de un zorro.

—¡No! No comprendemos. Nos piden ayuda cuando no hacen nada para evitar las afrentas, ni hacen caso de mi oferta. Yo podría dirigir la milicia de Jaca. No hay mejor hombre, ni mejor dispuesto, hermano, yo...

—No —cortó Pedro con autoridad—. Eres muy joven y tienes mucho que aprender. A poco inteligente que seas, sabrás que mala carrera se hace por las armas, pues es muy raro el que llega a viejo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que comercie con ganado? ¿Que me convierta en uno de ellos y aguante que un deán de mierda gobierne la ciudad? —Su madre se persignó—. ¿Eso me lo dice un Latrás, cuando todos sus hombres han sido renombrados soldados? ¿Es que me niegas mi propio destino? ¿La vocación familiar? ¿No puedes quitarme eso! ¿O tal vez quieras que luche con las armas del deán? ¡Jamás seré un cura!

Pedro miró al notario Anglada, que luchaba entre la ira de verse insultado por un mocoso y el respeto que debía a la familia que le sustentaba, y al fin estalló.

—¡Lupercio! Yo estoy de vuestro lado. Y eso me cuesta lo mío. ¡Qué casualidad que los cargos en Jaca se escogen por insaculación y a mí no me toca nunca! Y eso es por ser amigo vuestro. Lo que dices no es de hombres cabales —dijo algo alterado.

—¡Ni tolerar ciertas cosas es de hombres! Deberías saberlo. —Miró a su hermano—. Desde que detuviste al señor de Baraguás en el 70 te la tienen jurada. Y tú aún les sigues el baile. Tú...

No quiso hablar más. No valía la pena. No iba a ser escuchado. Abrió las pesadas puertas de la cocina y casi las desencajó del terrible portazo, sorprendiendo a los sirvientes, que esperaban sacar algún real de la información al deán.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Panda de ratas!

Y se puso a dar patadas, levantando al más cercano media vara del suelo.

—¡No se te ocurra ir contra el deán! —le gritó su hermano— ¡Te lo prohíbo!

Salió a la calle Mayor. Tanto le daba que una fina lluvia le calase. Así se enfriaría su ardor. ¡Que a buenas horas llovía! Afortunadamente, no había un alma, pues todos estarían aún comentando el suceso a las puertas de la catedral, y no tuvo que disimular su enfado. Miró los brillantes tejados, las elegantes fachadas con ventanales simétricamente dispuestos que tanto le gustaban, y las casas, sobre las que imaginaba que un día alguna sería suya, pero ni eso le animó.

Caminó a toda prisa por la calle de las Carnicerías, evitando la muchedumbre, dejando el ábside de la catedral a su izquierda por la Ronda de San Pedro, bordeando la vieja muralla, hacia la puerta de San Pedro, que cruzó sin mirar la guardia, hacia el arrabal del Norte, donde le esperaban sus amigos en una taberna tan oscura y maloliente como la reputación de su dueño.

Esta vez no hubo bromas ni juegos. Todos se habían enterado, aunque muchos de ellos no habían pisado la iglesia. Las noticias corrían rápidas. Lupercio se arrancó el precioso jubón negro de terciopelo que su madre le había obligado a llevar, se aflojó la camisa de fino lino y pidió vino sin rebajar. Los pillos se arremolinaron a su alrededor, aunque esta vez no tanto a esperar la invitación a bebida, como para animar a su cabecilla.

—¿Qué quieres que hagamos? Podemos ir a por él esta noche y soltarle en medio del bosque sin ropa.

Todos rieron la ocurrencia. Lupercio sonrió. Todos comenzaron a aportar sus gamberradas a cuál más absurda, hasta que las voces hirieron los sentidos del joven.

—¡Callaos! No vamos a hacer nada. No ahora. Perjudicaría a mi familia. Ya habrá tiempo para vengarse, y entonces será más dulce.

—¿Y qué hacemos? No podemos dejarte con esa cara de vinagre, como si nada.

Lupercio levantó la mirada.

—Hay algo que me crispa incluso más que la afrenta del busto. Siempre nos piden ayuda para defender la ciudad, pero no aceptan que yo comande la milicia. Y mi hermano no va a costearla. No es tonto.

Los murmullos dieron paso a gritos airados. Lupercio se fue crispando más y más, hasta que estalló.

—¡Ya basta! No voy a dejar que los insultos se ignoren. Si no nos dejan ocuparnos de nuestra propia ciudad, haremos la ley como se nos antoje, ya que nadie nos protege. ¡Se acabaron las chiquilladas! Vamos a tomar las armas. Ya no somos críos. Lo que hagamos desde ahora podría costarnos la vida, así que os aviso. El que no sea lo suficientemente hombre, que se vaya.

Algunos gritaron de alegría. Dos o tres callaron. Uno de ellos se dirigió a Lupercio.

—Yo no quiero remar de galeote durante toda mi vida por un delito menor.

—Ya. Pero tampoco quieres trabajar la tierra por nada, ni pertenecer a una milicia vieja y maltratada que se muere de hambre y vive para los caprichos de los pro castellanos. Te diré lo que ocurrirá: cuando necesites desesperadamente algo de comida o grano y tengas que robarlo, efectivamente serás galeote de por vida, y aun si eso no ocurre, te reclutarán forzosamente e irás a Flandes de cabeza de pica. Otros decidirán por ti. No vivirás más de diez años y si sobrevivieras, volverías como un lisiado que sólo podrá mendigar, pues si Felipe no se ocupa apenas de sus soldados castellanos, tú, aragonés, *baturo*, como nos llama... ¿Crees que tu vida será más digna que luchando a mi lado?

Todos murmuraron, impresionados por la arenga del joven. Le respetaban por su posición noble, pero también porque era más liberal y revolucionario que cualquiera de ellos, porque no se amilanaba ante nada y porque sus

discursos inflamaban sus corazones. ¡Un noble que hablaba como el más pobre de los ladrones! Rara paradoja era esa.

Los tres aludidos callaron, pero ninguno se fue.

—¿Y qué hacemos? —dijo uno de los audaces.

—Por de pronto, armarnos. Sin armas no hay poder, y sé dónde podemos encontrar suficientes de momento. Unos cuantos asaltaremos el puesto de guardia. Espadas, picas, cuchillos, lanzas, pero no mosquetes ni arcabuces. Derramad la pólvora o mojadla. En la montaña, no nos hará falta. No sabríais mantenerla seca y os explotaría en los morros. Ya guardaré yo algo para mi pistola y será suficiente. Traedme también un par de jarras de vino, que nos harán falta. Ya veréis si nos vamos a hacer respetar...

—¿Y todo esto por un maldito asiento en la iglesia?

Todos callaron. Ramiro, su mejor amigo y hombre de su casa, era el único que se atrevía a hablarle así, sin dejar de mirarle fijamente.

Lupercio bajó la cabeza, sonriendo al reconocerle. A cualquier otro le habría abofeteado.

—No, no es sólo por eso. Uno de mis ancestros, García, en 1373 defendió Jaca y sus valles con hombres como nosotros, contra los navarros del rey Carlos, Eduardo III de Inglaterra y otros. Conocéis la historia —todos asintieron—. El deán ha retirado su busto de la catedral, sólo por sus disputas de tierras contra mi familia. —El tono de voz se elevó hasta el grito, entre espantos de rabia—. Mi propio hermano Juan murió hace ocho años defendiendo el paso de Canfranc contra mil doscientos hugonotes franceses mandados por Montomerin. Y mi hermano Francisco, tras vencer en la gloriosa Lepanto.

Calló para respirar y evaluar el efecto de su alocución. Por supuesto, ocultó que su pobre hermano Juan murió al caer de su propio caballo tras recibir una honda herida, y Francisco, de fiebres. No hubiera sonado muy heroico. Miró a los rapaces a los ojos:

—¿Y de qué sirvió eso a mi familia? —Estampó un puñetazo contra la mesa—. ¡De nada! Felipe cada día nos aprieta más. Reniega de los privilegios que su padre nos concedió por defender su propio reino, y sólo desea exprimarnos en hombres y dineros, pues no ama sino a su Castilla y su Flandes, la llaga del Imperio. El Prior de Jurados pide ayuda a mi hermano, pues sabe que no hay mejor militar que él que no esté en Flandes ni remando en una galera, y ni el uno ni el otro creen que yo sería un buen defensor. Se ríen de mis propuestas. Quieren que sea uno de esos hombrecillos que se conforman con la poca gloria de su parroquia de mujeres y niños, acobardados ante los castellanos que les ponen en sus cargos, temerosos de que cualquier noche, la guardia del virrey o la Inquisición les lleven por no cumplir con sus infames encargos de sangrarnos, viviendo entre la espada y la pared, a la espalda de su propio pueblo. ¡Eso es lo que quieren! Decidme. ¿Debo dárselo?

—¡No!

Sonó un grito casi unánime, que sólo una voz se atrevió a desafiar:

—¡Pero si tú no pagas impuestos!

Ramiro se arrepintió al instante de su salida, pero Lupercio, más animado por el vino y su propia audacia, le golpeó el hombro con su mano.

—¡Ay! Amigo Ramiro, pellejote de Ipiés. —Muchos rieron—. Es cierto, pero hay maneras más sutiles de sangrar a un noble, como requisar sus tierras, reclutar a sus hombres, tomar sus armas y caballos en misiones tan caras como inútiles... Y provocarles en la iglesia para echarles a la Inquisición. Amigo mío —abrió los brazos—, te cambio mi posición. Renuncio a la supuesta riqueza que me corresponde. Tengo un hermano mayor que heredará los bienes. Yo debería ser monje... O síndico vendido a Felipe. ¿Qué decís?

Todos rieron.

—¿Y qué hacemos con las armas? —Ramiro parecía ahora más convencido. Lupercio sonrió.

—Si estamos fuera de la ley, podremos echarnos a los caminos y a los montes, que ya es hora de que saquemos provecho —se encogió de hombros—. Para que a los caminantes les quiten los dineros bandoleros catalanes, por lo menos que quienes les roben sean de la tierra.

Las risas y gritos coreando el nombre de Lupercio se dejaron oír en toda Jaca.

Escogió a media docena de sus pillos de confianza y se dirigieron juntos de nuevo a la muralla exterior, al puesto de guardia en la torre Norte, la que miraba hacia el pico Collarada, el bastión más protegido. Quería dar un golpe de efecto.

Apenas tenían más que palos y piedras, pues Lupercio no había traído su espada, daga y pistola, de las que no se separaba habitualmente, ya que era día de fiesta y no se permitían armas en la catedral. Su madre se había negado tajantemente, y tampoco era posible por la nueva disposición del consejo: «Ni pedreñales ni pistoletas, mosquetes de mecha, ni ballestas armadas ni desarmadas, ni de manera alguna y de día no pueda ni sea osada llevar las dichas armas si no sea desarmadas a saber los pedreñales y pistoletas sin cerrajas o descargados, los cañones y los dichos mosquetes de mecha descargados, los cañones sin mecha encendida y las dichas ballestas desarmadas y quitadas las nueces y esto yendo o viniendo de camino de y a la presente ciudad hasta sus casas o posadas y entrando o saliendo en la presente ciudad recta vía y no paseando por ella». Así que, aunque animados por el vino, se movieron con prudencia.

La fina lluvia había dado paso a un diluvio que, por el color del cielo, parecía que iba a durar toda la noche. Pero no se dieron por vencidos. Eran hombres de montaña y un poco de agua no les arredraba, que al fin y al cabo, habían dejado atrás los días de frío intenso, por mucho que aquel mayo extraño se negara

a brindarles su calor. Pensó la estrategia al amparo de las ramas de un roble, hasta que supo lo que harían.

Después de dar instrucciones a sus amigos y esperar unos minutos a que todos ocupasen sus puestos, se dirigió abiertamente y sin disimulo al puesto, en la torre, llevando dos jarras de vino en cada mano, torciendo su paso como los borrachos, la camisa por fuera de los calzones, pegada al cuerpo, mojada por la lluvia.

—¿Quién va? —se escuchó una voz de mala gana.

—Soy Lupercio. Os traigo de beber, que en día de fiesta nadie se acuerda de vosotros como Dios manda. Y ya que nos vamos a perder los fuegos artificiales, por lo menos levantaremos el ánimo.

Le miraron con extrañeza. El muchacho miró al cielo.

—¿Vas a dejarme entrar o vas a dejar que la sangre de Cristo se agüe? Nada merece más el infierno que eso.

—Pasa —dijo el guardián mientras sonreía.

Seis hombres se calentaban cerca de las llamas del hogar. Dos o más hacían guardia fuera, y el que le había recibido era el único de los de a cubierto que vestía ropas y armas de soldado. Evidentemente, no habían querido perderse la fiesta a su manera y al menos no se mojarían.

Lupercio se preguntó qué habían hecho los dos de fuera para que les castigaran en una noche como aquella. Pensó que a esa hora ya se estarían ocupando de ellos sus amigos. Rezó para que nada saliera mal, pues lo que comenzó como una chiquillada, bien podía terminar en una verdadera batalla.

Los relajados guardias tomaron el vino, agradeciendo a Lupercio su atención.

—Parece que has perdido el jubón. ¿No tienes frío?

—¿Yo? Yo soy jaqués de sangre pura. ¿Has visto a algún perro montañés entrar al fuego por un poco de lluvia? ¿Te traigo vino y me insultas?

Todos rieron. El guardián armado dejó su lanza y tomó la jarra de manos de un compañero.

Lupercio no esperó más. Tomó la empuñadura de la espada del guardia mientras le estampó la suela de su bota derecha en el pecho, empujándole hacia uno de sus compañeros, liberando la bastarda del guardia de su funda y tomándola en su mano, tan firme como la voz con la que gritó:

—¡Ramiro!

Al momento entraron cuatro pillos calados como conejos, que tomaron las armas, ataron a los hombres y celebraron su gesta. Ni siquiera se derramó apenas el vino de las jarras, que recuperaron y bebieron para calentarse.

—¡Esto no va a quedar sin castigo, Lupercio! —se envalentonó uno de los guardias, el más viejo—. Piénsatelo antes de llegar al final porque la próxima vez

que te veamos será tal vez para llevarte al cadalso. ¡Que os tienen ganas y encima les estás dando motivos!

—¡Déjame que le abra esa cabeza de castellanuzo! —dijo Ramiro levantando un hacha.

—No. Tiene mucha razón. Hace bien en avisarnos y se lo agradezco. Que nadie le haga daño. Ya tiene bastante con lo que le va a caer por dejarse sorprender por unos chiquillos. Atadles bien y vamos, que ya va siendo hora de celebrar —dijo Lupercio riendo.

Tomaron las armas y salieron de nuevo a la lluvia. Le trajeron una capa que se puso sobre el recuperado jubón.

—Y ahora, vayamos al camino de Francia, a ver si hay suerte.

No hizo falta que subieran mucho al norte, apenas pasado el primer collado, desde el que una pequeña atalaya vigilaba la ciudad.

El estrecho paso excavado por el valle del río Aragón era un sitio estratégico y casi todos los caminantes entraban a Jaca desde las montañas por ahí, razón por la cual era entrada tan vigilada. Los muchachos se situaron cubriendo todos los posibles senderos.

No tuvieron que esperar demasiado, aunque ya se empezaban a impacientar. Al fin y al cabo, en una noche como aquella, lo normal era que, al atardecer, los viajeros buscaran una taberna o posada para dormir, que la lluvia era fuerte y la temperatura sin ser fría bastaba para arrebujarse entre las capas; pero contaban con la suerte de que algún comerciante despistado se tomase más molestias de lo habitual para llegar a casa en una noche de celebración y se olvidase de la prudencia más elemental, confiando en la proximidad al puesto de guardia, lo que les trajo a un pequeño grupo de cuatro hombres, que parecían franceses.

—Ocúpate de que nadie se acerque, ni por delante ni por detrás. Si son pocos, los retienes, que ya les veré luego, y si son muchos o si son soldados, nos avisas que correremos al monte —le susurró Lupercio a Ramiro.

Y saltaron al camino, interceptando el paso de los cuatro viajeros, que no se sobresaltaron poco.

—¿Qué queréis?

—Depende. No parecéis de por aquí. ¿De dónde sois?

—Franceses y catalanes.

—Vuestro dinero. ¿Qué puedo querer si no? —Lupercio rio de placer. Hubiera sido una pena que fueran jaqueses.

Los comerciantes escucharon risas desde todos los ángulos y alturas, a los lados del camino, y se encogieron.

Uno de ellos, el más alto, que Lupercio presumió era el soldado, desenvainó su espada y espoleó su caballo hacia él, sin decir nada, pero no llegó a acercarse. La lluvia arreció de pronto, pero no fueron gotas de agua lo que le cayó al buen

hombre, sino piedras del tamaño de un puño la más pequeña, acertándole muchas y haciendo incluso que su espada cayese y casi él mismo.

—Un valiente, sin duda. No podéis decir que ha sido culpa mía, pues yo no os he atacado. Os habéis maltratado vos mismo al atacarme en tan injusta proporción. Y ahora, señores, os propongo un trato. Me tengo por inteligente, pero no por mala persona. Y por eso no quiero dejaros sin bienes ni caballos en una noche como esta, así que, escuchad mi proposición: yo voy a calcular mentalmente la cantidad de dinero y cosas valiosas que portáis. Y del total, quitaré siete partes de diez. Eso es lo que quiero. Si me lo dais por las buenas y encuentro que la cantidad que me deis coincide o supera aquella que he deducido con tal cálculo, os dejaré marchar sin más, sin registraros ni preguntaros cuánto más lleváis. Pero —hizo un gesto teatral— si la cantidad es menor, entonces me enfadaré y lo tomaré todo, incluyendo caballos, capas, armas, e incluso vuestras nobles ropas, con lo que entraréis a Jaca como vuestra madre os trajo al mundo, amén de que pilléis una fiebre traicionera. Decidme, ¿aceptáis el trato?

El soldado calló, masajeándose las magulladuras y taponándose las heridas que sangraban. Uno de los otros tres, el más orondo, que temblaba de miedo, aún se atrevió a preguntar.

—¿Tenemos alguna otra opción?

—Me temo que no. Debéis decidir ya, y darme las siete décimas partes de lo que llevéis.

Los hombres se miraron y susurraron entre sí durante un rato.

Al fin, uno de ellos descabalgó y vació dos alforjas de piel de uno de los caballos, trasvasando bienes de los otros y devolviendo algunos.

Lupercio se dio la vuelta, pues le pareció que era un momento de intimidad que debía respetar, hasta que dejó de escuchar ruidos de trájín entre correas y por fin el hombre volvió a subir a su caballo y dejó caer las alforjas.

Lupercio hizo un gesto a uno de los rapaces, que se acercó al suelo a recogerlas, aunque dudó, temeroso de llegar a tocarlas.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás modorro o qué?

—Es que... Es día de endemoniadas... —dudó el chico, respondiendo entre titubeos.

Lupercio le atizó una patada en el culo y al pobre chico se le fueron las supersticiones de golpe.

En efecto, aquel día, bajo las reliquias de la santa, en la procesión se situaba a las endemoniadas para que sanasen, y se tenía miedo de recoger nada del suelo por miedo a retomar el demonio que las jóvenes soltasen. Lupercio tomó las alforjas, sopesándolas teatralmente, y se dirigió de nuevo a los viajeros.

—¿Habéis calculado bien? No quisiera que un lamentable error os costase muy caro.

—No. Estamos listos para vuestro... examen.

Lupercio escudriñó sus ojos y gestos. Al soldado tanto le daba. Se veía que iba a sueldo y no se jugaba nada personal en la empresa, y de los otros tres, el más entero era aquel que había trajinado entre los bultos de los caballos, pues los otros dos tenían tanto miedo que apenas hubiesen podido desasir una de las correas. Esperó un poco para meter un poco más de canguelo en sus cuerpos.

—Señores, os repito la pregunta. ¿Estáis seguros? —No hubo respuesta. No se atrevían a decir nada. Lupercio, al fin, rio de buena gana—. Pues, como os he dicho, confiaré en vuestro criterio. Podéis ir en paz, pero no digáis nada de vuestra pequeña aventura, ya que conocemos a todo el mundo en Jaca y si denunciáis, lo sabremos de inmediato y siendo tantos, no escaparéis a nuestra venganza. Ahora id a festejar e imaginad que habéis gastado los dineros en putas y apuestas arriesgadas, y haced propósito de enmienda para la próxima vez.

—¿De veras podemos irnos?

—Sí, pero no olvidéis que mañana sabremos si habéis hablado. Algunos de mis hombres os seguirán y sabrán dónde os alojáis. No habléis hasta al menos, Zaragoza.

Los cuatro se fueron con el miedo en el cuerpo, sin atreverse a galopar como hubieran querido, pero con paso firme.

—¿Por qué no hemos tomado sus caballos? —preguntó Ramiro.

—Porque estaban demasiado cerca de Jaca, y si al llegar denuncian, nos hubieran buscado inmediatamente y nos hubieran privado de nuestra merecida celebración; que nosotros no hemos tenido oportunidad de honrar la fiesta que tan amargamente me han robado.

—¿Y ahora qué hacemos?

Lupercio sonrió mientras miraba a sus hombres. Se sentía ebrio de poder y no iba a parar ahora.

—Si somos los nuevos defensores de la región, justo es que sus héroes se solacen, coman, beban y se explayen, que ya tocará guerrear. ¿Qué tal en la mancebía del Pueyo?

Los vítores, de nuevo, recorrieron el valle.

Entraron en el lupanar más renombrado, el de Diego de Pueyo, en el camino del norte. Lupercio arrancó las ramas del dintel de la puerta y apagó el farol rojo, señales que identificaban la actividad del establecimiento, algo que sorprendió a sus hombres. Hizo un gesto de premura a Ramiro ante su mirada inquisitiva y entraron.

Al ser día de fiesta, los señores de las familias respetables se habían visto obligados a quedarse en casa con sus familias, organizando veladas, banquetes e incluso bailes, dependiendo de la situación social, que no económica, de cada uno. No así la víspera, en que las casas de placer no dieron abasto, con lo que

se encontraron el local medio vacío. Una taberna en penumbra, donde sólo se iluminaba la cocina, a un lado del hogar donde un fuego no muy alto ardía, y alguna mesa, dejando oscuros los cubículos a los lados, donde tras las improvisadas cortinas, se adivinaban bultos que se movían entre gemidos poco espontáneos y jadeos apresurados.

Así, Lupercio tomó las mismas precauciones que ante el arsenal, previendo que algunos de los sujetos no fueran tan manejables como los viejos guardias.

—¡Señores!—gritó sobresaltando a todos.

Las cabezas se levantaron, los bultos dejaron de menearse y el mesonero se echó las manos a la cabeza, corriendo a la cocina a por un tremendo garrote, aunque Ramiro le disuadió con el hacha que había adoptado.

—Soy Lupercio Latrás, defensor de Jaca. He venido a celebrar la festividad con estos buenos soldados, por lo que les invito a que dejen esta casa en paz. Hoy nos pertenece. Mañana os la devolveremos, junto con sus dulces amas.

Se hizo un silencio prudente, roto por murmullos, ruido de ropas y movimientos de hombres que se vestían a toda prisa, tanto de vestimentas como de armas y dignidad, antes de intentar huir algunos y de encararse con Lupercio un par de ellos.

El más descarado vino hacia él, levantándose los calzones sin disimular su miembro enhiesto aún, que costaba esconder entre los pliegues de ropa. Se veía que había sido interrumpido a mitad de faena y su cara apareció a la luz, crispada por la ira.

—¿Soldados comandados por un niño de leche? Una vieja bien puede atenderos a todos. ¡Deja a los hombres en paz antes de que se enfaden!

—¿A quién decís, abuelo, que debo dejar? —dijo Lupercio mientras sonreía—. No veo muchos hombres aquí, y sí algún ladrón que poco más que alegrar sus ojos puede hacer.

El aludido se puso en guardia. De estatura media, aunque fuerte como un toro, moreno y surcado de arrugas; quizás un montañés. Lupercio pensó que quizás demasiado imprudente para ser soldado. Normalmente no se solían meter en peleas salvo entre ellos o los más jóvenes. Su torso aparecía surcado de músculos y cicatrices; más fuerza bruta que otra cosa, si bien su paso era firme. No debía gustarle beber antes de echarse sobre una chica.

—Yo digo que no vales lo que quieres aparentar. He oído hablar de ti. Eres un malcriado noble hijo de perra pegado a las faldas de su mamá —dijo desenvainando su espada—. Pero tus hermanos no están aquí para protegerte. Me darás un buen botín. Tal vez incluso tu madre se deje follar por devolvarte vivo.

Lupercio tembló de pies a cabeza, tanto de temor como de ira. No había esperado aquello, y ahora no había vuelta atrás. Desenvainó la espada que le habían dado del reparto, examinándola y calibrando su peso. Una espada bastarda, no muy larga, equilibrada aunque algo pesada y nada cuidada, no tan estrecha como para no poder luchar contra cualquier enemigo con dignidad, aunque

parecía poca cosa contra el pesado estoque del oponente, que ahora sonreía, confiado.

Dejó reposar la punta de la espada en tierra para que nadie notara el temblor. Un instante de pánico. ¿Tal vez iba a morir en su primer duelo? No. Había sido preparado por sus hermanos, dos de los mejores espadachines del reino. Conocía todos los trucos y fintas, llaves y estocadas, y aun algunas de las que no se enseñaban en los tercios. Solo que aquello era real y si fallaba, no recibiría un moratón. Podría morir, aunque al ladrón le convenía vivo.

Fue la sonrisa burlona del ventajista lo que espoleó su furia, y la burda postura defensiva, con los pies separados, el cuerpo contraído y el cuello encogido como una tortuga, lo que le dio un poco más de confianza.

¡Al diablo! Él era un Latrás y no iba a dejarse insultar de ese modo por un montañés lenguaraz. Pedro había sido hombre de confianza del duque de Alba en las cruentas batallas de Flandes, y Francisco participó con honores en Lepanto. El simple hecho de dudar y sentir miedo *per se*, era un insulto a su familia.

Pero fue el otro el que tomó la iniciativa. Levantó la cabeza y arremetió con un envite tosco aunque poderoso de arriba abajo. Lupercio, sin pensar, echó un pie hacia atrás, girando sobre el otro, interceptando el golpe con su débil pincho de modo oblicuo, pues el propósito del adversario era romper su hierro. Así, aprovechó la fuerza de su acometida para hacerle perder el equilibrio, teniendo que dar un forzado paso hacia delante para contener su propio empuje.

El joven quedó a su costado, y no tuvo que pensar mucho. Clavó su espada en el costado de su adversario hasta media longitud, sorprendiéndose de lo fácil que entraba. El pobre hombre, incrédulo, quedó en el suelo, caído en una posición antinatural sobre un costado, sangrando abundantemente y sin decir nada. Sólo pudo mirarse la herida y al niño que se la había causado, interrogante, negando a la muerte que se le venía encima, hasta que dio un leve respingo y quedó inmóvil con los ojos fijos.

Lupercio constató que acababa de matar a un hombre. Un acceso de pánico heló su rostro. No tuvo tiempo de pensar. Hubo de esforzarse por escuchar voces que le hablaban, y levantar su mirada. Otro hombre. Distinto. Despejó su cabeza, sacudiéndola, como si saliera del agua, para escuchar al que le hablaba:

—Señor, engañar a un vulgar ladrón haciéndoos pasar por un niño es la treta más cobarde y rastrera que he visto en mi vida. En cambio, yo os trataré como a un adulto, y como a tal os mataré. Mi nombre es Jacques de Labarta, y este era mi compañero, que si bien no merecía mi venganza, sí la merece vuestra felonía.

Al levantar la vista, Lupercio vio que en efecto, este sí tenía hechuras de soldado. Mucho más alto que el ladrón, casi como él mismo; de pelo rubio y abundante hasta los hombros, rasgos suaves aunque curtidos. No muy musculoso, pero proporcionado y flexible. Mientras le estudiaba, Lupercio intentó ganar tiempo.

—¿Hugonote o cristiano?

—Tanto os da.

—Os tomaré, pues, por hugonote, ya que parecéis renegar de Nuestro Señor. Así me resultará más fácil ensartaros.

Se puso en guardia. Pero su instinto le alarmó. Este sí sabía justar. Su postura era de escuela y no de fuerza bruta, como el otro, al que sus compañeros apartaban ya para que no estorbase.

El francés se quitó el jubón, que le venía más bien estrecho, y aflojó su camisa para tener libertad de movimientos. Tomó su acero, fino como el suyo y medio palmo más largo, y en la otra mano una daga.

«Malo, si pelea a la italiana», pensó Lupercio. Se concentró en examinar a su opositor como le habían enseñado, para alejar el miedo. El modo en que echaba el pie hacia atrás decía que su recorrido de ataque era hacia su izquierda. Tal vez fuera zurdo o ambidiestro, pero podía ser un truco. Se situó a su vez frente a él, botando levemente sobre su pierna de apoyo, esperando el ataque, que fue tímido, de tanteo.

Cruzaron sus espadas calibrando fuerza y habilidad. Lupercio se limitó a contener sin caer en sus intentos de bloquear su muñeca, prestando atención a la daga. Si en verdad era zurdo y atacaba con su derecha, es que lo temible era el arma corta, así que contraatacó, adelantándose y obligando al francés a retroceder, siempre manteniendo la distancia de al menos tres cuartas de su hoja.

Se envalentonó y lanzó un ataque final, pero de pronto, notó en su muñeca que el rubio lograba bloquear su estocada y ambos se acercarían en muy breve, entre el chasquido de los filos. Se asustó; apenas tenía un instante para detener el inminente ataque de la daga. Trató de irse al lado izquierdo, el derecho del atacante, para que su tajo llevase menos recorrido si llegaba a él, mientras levantó su rodilla derecha y descargó una patada hacia abajo sin mirar, tal y como aprendió con Pedro.

Milagrosamente dio resultado y agradeció en silencio las muchas horas de entrenamiento. Sintió crujir la rodilla del francés, que aguantaba su peso, y se escoró levemente, aunque el ataque ya estaba lanzado y apenas pudo parar la cuchilla, que terminó arañando su costado, aunque sin fuerzas ya. Notó el escozor de la hoja de la daga cortando su carne y la ira brotó en él, de nuevo.

El francés, en una mueca de dolor, con la rodilla doblada hacia dentro, hubo de apoyarse con la mano de la daga en el suelo. Lupercio apenas tuvo que guiar la espada apartándola de su guardia, y en el mismo movimiento, volver el recorrido hacia su cuello. Notó apenas una ligera oposición. El francés quedó inmóvil, abriendo los ojos con extrañeza. Tardó mucho en dibujarse la línea en su garganta, hasta que un reguero de sangre salió disparado. Por instinto, el soldado no soltó la espada, sino la daga, intentando taponar la herida, y sólo consiguió perder la mano de apoyo y caer sobre un costado, boqueando en busca de aire. Lupercio vio que cerraba los ojos y movía los labios entre bocanadas de aire,

hasta que no fue sino sangre lo que salió de ellos, y se ahogó en ella. Estaba rezando. Pidiendo perdón al Dios que fuera y preparándose para su muerte.

El muchacho estaba preparado para matar, pero no para ver morir, y de nuevo el pánico le invadió. Dejó la espada sobre la mesa más cercana y se sentó, buscando la jarra de vino más a mano para tratar de calmarse. Bebió ávidamente, sintiendo que el caldo ardiente le reconfortaba. Cuando terminó, dejó la jarra y levantó la vista hacia docenas de ojos que esperaban su reacción. Hubo de componer una chanza a toda prisa.

—No está mal para un segundón. Aún habré de hacerme verdugo, que cobran ochenta sueldos por faena —y estalló—. ¡Ramiro! ¿Aún no habéis limpiado esto de chusma? ¿O es que tengo que hacerlo yo todo?

Trató de que su voz no sonase quebrada, aunque estaba muerto de miedo y luchaba contra el temblor incontrolable que le sacudía, agarrando con disimulo el canto de la mesa, comprendiendo el gesto de su hermano unas horas antes.

La respuesta fue instantánea. La escasa parroquia se dispersó como si el fuego les lamiese la espalda.

El dueño del burdel se acercó nervioso, aunque fingiendo un porte altivo.

—Mi señor. Os ruego que no haya más sangre. Este es un lugar de diversión. Divertíos pues sin dañar mi establecimiento ni a las mujeres.

Ramiro se acercó por detrás y le tomó el cuello con una mano y la daga del francés con otro.

—¡Cállate! Te llevaremos con nosotros. La idea del ladrón de pedir rescate no es mala.

—¡No! —ladró Lupercio—. No os confundáis. No somos vulgares ladrones ni raptaremos niñas. He dicho que protegeremos Jaca, como siempre ha hecho mi familia, incluso sobre las leyes falsas de los castellanos, el clero y sus marionetas. Al fin y al cabo —señaló los cadáveres— estos eran extranjeros. Este hombre dice bien, y lo que hoy es por fuerza, mañana lo hará de buen grado. Traedme vino y una moza sana, buen hombre.